

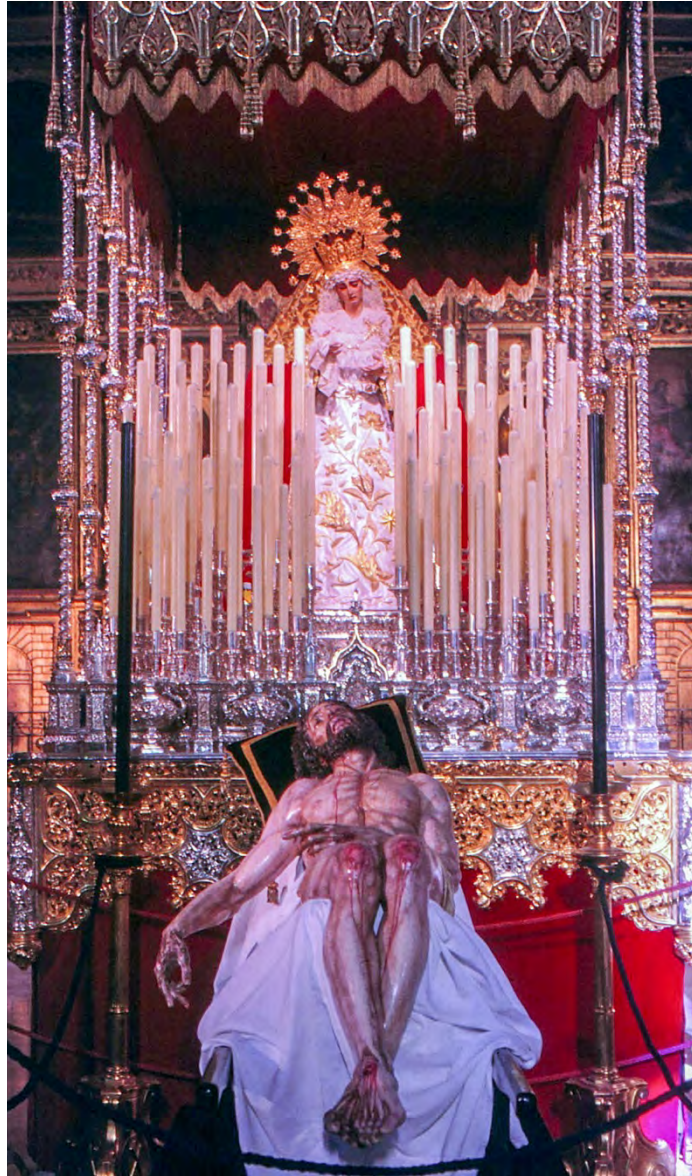


MEDITACIÓN

ante el
Santísimo Cristo de la Caridad

José Luis Campuzano Zamalloa

Real Hermandad Sacramental de Santa Marta
Iglesia de San Martín
Sevilla, 23 de marzo 1996



Señor. Soy un cofrade de Sevilla a quien ha sido otorgado el inmenso privilegio de acompañar tu Cuerpo muerto hasta el sepulcro, a lo largo de un camino sobrenatural que está más allá del tiempo y del espacio. Vengo, pues, a incorporarme al triste cortejo que forman tu Madre Santísima, transido de un inmenso dolor y las pocas personas ¡qué pocas!, que han permanecido leales junto a Ti, en el drama tremendo de la crucifixión.

He presenciado de lejos tu inmenso sufrimiento, porque los afanes del mundo no me permitían captar con nitidez, el mensaje de amor con que fuiste llenando los confines de Palestina; y, ahora que has muerto, Señor, ahora que mis oídos y mis ojos han quedado impresionados por los frutos de la Redención que acabas de consumir, he llegado a comprender que no sabe qué es amar quien no te ama; y mi alma se ha estremecido al evocar, como un reproche, pero con el impulso de una firme determinación, los versos finales de un soneto que resonarán, al correr de los años y de los siglos, por la inspiración poética de nuestro Lope de Vega:

"¡Ay Dios! ¿en qué pensé cuando, dejando
tanta belleza y las mortales viendo,
perdí lo que pudiera estar gozando?"

Mas si del tiempo que perdí me ofendo,
tal prisa me daré, que una hora amando
venza los años que pasé fingiendo".

Con esta determinación he subido hasta el Monte Calvario cuando ya se ha ido el pueblo que vociferaba contra Ti, porque te han desclavado de la Cruz y ha terminado el terrible espectáculo que le complacía. ¡Qué silencio, Señor, ¡preside la escena! ¡Qué impresionante silencio! Atrás quedó el alarido de triunfo con que Barrabás saltó del atrio del pretorio al saberse antepuesto a Ti en el privilegio de la amnistía pascual. Atrás han quedado los gritos desgarrados, las gargantas enronquecidas de quienes pidieron y obtuvieron tu muerte y te incitaban al espectáculo de que bajaras de la Cruz como un triunfador a escala humana; las imprecaciones de los soldados impacientes por terminar; las burlas de quienes sortearon tus vestiduras... Y atrás ha quedado también, en misterioso contraste, la silenciosa meditación del centurión romano cuya mente gentil comenzó a percibir, al verte morir, los inefables toques de la gracia.

Tímidamente me acerco al grupo de nobles amigos que están velando tu sueño. A mi espalda queda la Jerusalén que pisaron tus Pies, y que te rechazó tan

despiadada como insensatamente, cuando, con ternura infinita, quisiste recoger a sus hijos como la gallina recoge a sus polluelos bajo las alas. La silueta de sus torres y sus almenas se recorta aún sobre los jirones de un negro celaje, que vistió el luto que los hombres no quisieron o no supieron vestir, y que vino a llorar el crimen con las lágrimas que los ojos humanos no fueron capaces de derramar.

Todo ha pasado, Señor. A aquel delirio ha sucedido esta calma. A la infernal algarabía de la turba que no quiso recibirte, el silencioso resbalar de las lágrimas por el rostro dulcísimo de María, los ayes y suspiros de las Santas Mujeres que la acompañan y la adusta seriedad de los Varones que acaban de desclavarte de la Cruz.

Y, en medio de esta sobrecogedora soledad, cuando vamos a iniciar la marcha hacia el Sepulcro, mi alma se embarga en profundas reflexiones ante los acontecimientos que ha presenciado en estas jornadas de dolor. Miro la Cruz; la Cruz que ha quedado vacía, y cuya silueta comienza a recortarse sobre el cielo arbolado del atardecer de Jerusalén. Y un estremecimiento recorre mi ser al observar que lo que ha sido un instrumento de suplicio, se ha convertido en el símbolo de la Victoria. En un rápido aletear, mi mente se desplaza a lo largo de los siglos, y contemplo cómo irá santificando los rostros de generaciones y generaciones. Empiezo a distinguirla en las cúpulas de nuestras torres, en las encrucijadas de nuestros caminos; y la veo reflejada en la pupila de tantos ojos que se volverán a Ti bañados por lágrimas de arrepentimiento... La distingo saludada con alborozo en el nacimiento de quienes nos irán relevando en la carrera de la vida; en la expectante ilusión de las nupcias; la veo presidir el rincón más querido del hogar, y velar y arrullar el sueño eterno de nuestra pobre carne mortal, cuando, rendido ya el viaje de la vida, vuela nuestra alma a tu encuentro en nuestra morada definitiva.

Abrazado a tu Cruz vacía, pienso que esa Cruz ha de ser mi cruz; la de cada día; la del sacrificio escondido y silencioso; la que, llevada con garbo humano y divino, ha de divinizar los avatares de mi existencia.

Ante esa Cruz que ha quedado en pie en la cumbre del Monte Calvario, pienso que nosotros, los cofrades de Sevilla, los que cada año hacemos protesta de fe en la Función Principal de Instituto de nuestras Hermandades, tenemos que colocarte, día a día, hora a hora, en la cumbre de todas las actividades humanas; y he descubierto, Señor, el misterioso sentido purificador del dolor y el sufrimiento. Porque, si a ella estuvo fijado tu Cuerpo herido y maltratado; si por ella corrió, hasta empaparla, tu Preciosísima Sangre, y si su pie fue regado por las lágrimas que resbalaban del rostro de María, ¿cómo voy yo a rehuir mi cruz? ¿cómo voy a ignorar que si permites que las vicisitudes de la vida carguen alguna vez sobre mis hombros, la cruz de la desazón, la contrariedad y la congoja, es porque quieres otorgarme el privilegio de identificarme contigo y de seguir tus pasos hasta la altura purificadora de mi Calvario?

Por eso, Señor, cuando alguna vez -abrumado por la pena, por el fracaso, por los pequeños o grandes desalientos que la existencia pueda depararme- intente explicarme sin conseguirlo, la razón humana de ese acontecer, pensaré con visión sobrenatural que tus planes hacia mí se proyectan mucho más lejos que los míos, y encontraré el motivo de aquella respuesta que diste a Pedro cuando se negó a que le lavaras los pies en la víspera de tu Pasión: "11 lo que Yo hago tú no lo entiendes ahora; lo entenderás más tarde". Acudirá entonces a mi memoria el símil de un autor espiritual que nos recuerda que los acontecimientos negativos que irrumpen a veces en nuestra vida para llenarnos de dolor, no son otra cosa que los golpes de martillo y de cincel con que vas tallando este bloque informe de piedra que yo era, para sacar de él la imagen que reproduzca los rasgos de tu Persona, porque en el Cielo sólo entra el que a Ti se parece. No me importará, entonces, Señor, que me vean llorar, con un llanto sereno y sosegado, porque los hombres también lloran; porque el llanto es una gabela ineludible que grava la mercancía de la precaria felicidad terrena; pero acudirá a mi mente aquella consoladora promesa que escuché de tus Labios en el Sermón de la Montaña, que no comprendí entonces, pero cuya soberana grandeza se me ha puesto de manifiesto ante el árbol de la Cruz: "¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!".

La comitiva ha iniciado su marcha camino del Sepulcro que te han preparado tus amigos con amor infinito. Se va haciendo de noche, y la oscuridad acentúa en mi ánimo la sensación de tristeza que me invade. ¡Silencio! ¡Soledad! Y a la vista de la exigua comitiva que acompaña tu Cuerpo muerto, me pregunto: ¿Dónde están, Señor, los enfermos que sanaste; los cojos que volvieron a andar; los ciegos que, al abrir sus ojos a la luz que les estaba oculta, se encontraron con la sublimidad de tu mirada; los tullidos que enderezaron sus miembros; los endemoniados que, al conjuro de tu palabra, hallaron la paz? ¿Dónde están, Señor? Prometieron seguirte a donde quiera que fueras ¡y no están aquí!

¿Dónde ha ido aquella multitud enardecida que quiso proclamarte Rey cuando, hace muy pocos días, hiciste tu entrada triunfal en Jerusalén? Habías advertido a quienes, llenos de envidia, te pedían que los hicieras callar, que, si ellos enmudecieran, gritarían las piedras. Y cuando cobardemente enmudecieron, porque ya no era rentable seguirte, gritaron las piedras del monte Calvario, y se lamentaron por ellos y por mí, en la única forma que les era dado expresarse.

Todos, Señor, han huido, y yo he permanecido huido también, hasta que las Hermandades de Penitencia de Sevilla me han enseñado el camino que lleva hasta Ti y me han otorgado el privilegio de acompañar tu Cuerpo hasta el Sepulcro.

Hemos huido, Señor, en una vergonzosa claudicación de nuestros compromisos de cristianos. Te volvimos la espalda cuando las circunstancias exigían nuestro testimonio; y nos refugiamos en el cómodo pretexto de que, para responder a tu llamada, nos bastaba con ser "buenas personas", ajenos a todo impulso de valentía o de heroísmo. No quisimos comprometernos cuando tuvimos

ocasión de remover la conciencia de aquel amigo que alardeaba de indiferencia y de irreligiosidad, y que, en el fondo de su alma, nos estaba pidiendo a grito, sin sospecharlo siquiera, que le habláramos de lo que verdaderamente satisface las ansias de felicidad que bullen en el fondo de la pobre naturaleza humana. Malogramos la oportunidad de iluminar con nuestra palabra, aquella inteligencia brillante, con ansias de saber, que se debatía por hallar la luz que afanosamente intuía porque resonaban en su conciencia, sin acertar a darle forma, los versos finales de ese poema que compondrá un día nuestra literatura mística:

"Que, al final de la jornada,
aquel que se salva, sabe
y el que no, no sabe nada."

¡Cuántas impresiones, recogidas en este día, se agolpan en mi memoria, mientras caminamos lentamente, para no despertar tu sueño de amor infinito, hacia el Sepulcro de José de Arimatea! Bulle en mi mente la dolorosa escena de la negación de Pedro. ¡Cómo le he visto llorar amargamente por las esquinas de las calles de Jerusalén, hasta el punto de que los sollozos le ahogaban la garganta! ¡Pobre Pedro, Señor, pobre Pedro! Con el amor tan grande que te profesa, que le llevó a asegurar, con firmísima decisión, pero fiado de sus propias fuerzas, que, si todos te abandonaban, él no te abandonaría jamás, y ha sucumbido también a las amenazas del mundo. Pero ¡cuánto he aprendido de él en esta noche! Al cruzármelo por la calle de la Amargura, me ha tomado por el brazo, y con el rostro contraído por el dolor, pero con el alma transfigurada por la esperanza, me ha pedido, ¡me ha suplicado! que no me fie jamás de mi propia fortaleza; y que, si alguna vez caigo, porque Satanás tratará de zarandearme como el trigo, no me deje llevar por la desesperación, porque lo importante en la conducta de un discípulo tuyo no consiste en no caer, sino en levantarse enseguida. Me ha dicho que a él le bastó una mirada tuya, que no fue de reproche sino de aliento, para percatarse de su engañosa suficiencia, y para comprender que la vida de quien te sigue, pisando tus huellas, es un continuo comenzar y recomenzar.

Por eso, Señor, yo te pido ahora, en esta soledad que me acompaña, en el monte Calvario, que, cuando me veas titubear y desfallecer; cuando corra el peligro de que las incitaciones y asechanzas del mundo me hagan volver la vista atrás, me dirijas la misma mirada que dirigiste a Pedro, para que, como él, me anegue en llanto de arrepentimiento, por las esquinas de las calles de mi Jerusalén.

Nuevas experiencias se agolpan en mi mente en esta noche triste, mientras caminamos, y mientras tímidamente trato de asirme a un extremo del blanco lienzo que sustenta tu Cuerpo. Irrumpe ahora en mi memoria la inefable conversión de Dimas, ese pobre ladrón que fue crucificado junto a Ti. ¿Quién iba a decirle, cuando se ocultaba de la justicia romana, que el castigo del que huía horrorizado, iba a trocarse en su definitivo triunfo? Posiblemente había oído hablar de Ti, porque tu Nombre y tus milagros resonaban por todos los confines de Palestina, y tuvo la suerte de encontrarse contigo cuando parecía que todo estaba ya perdido para él. En medio de sus dolores, observaba tus gestos de Sacerdote Eterno, y su ánimo iba

desgranando un examen de conciencia de la pobre existencia que había arrastrado. De repente, aquella vibración que no había experimentado jamás, estalló en un fogonazo de luz que inundó los rincones más ocultos de su ser. Y, mientras todos vociferaban acusándote de humanidad fracasada, él estaba descubriendo en Ti tu Divinidad redentora, que le sumió en un profundo dolor de corazón.

¡Era la viva imagen del hijo pródigo de tu parábola, que estaba regresando a la casa del Padre! De su boca brotó entonces, ebrio de amor, y con el santo atrevimiento de quien retorna desengañado de los alicientes del mundo, la más intrépida petición que la persona humana es capaz de formular. Aquel ladrón, a quien la Justicia humana perseguía, consumó, en los últimos instantes de su vida, el robo más grandioso que la mente humana es capaz de concebir, porque te robó el corazón para estrecharlo estremecido contra su pecho; y en la sobrecogedora escena del Calvario, cayeron como un bálsamo en sus oídos, las palabras solemnes de la absolución que Tú le dabas: "¡Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso!".

¡Cómo se identificó a partir de aquel momento, con la cruz a la que estaba cosido, con ansias de purificación!, ¡Cómo apuró con avidez, con una santa codicia, el dolor, la sed, los tormentos que aquella tortura le ocasionaban! Estaba cumpliendo, con el alma rebotante de paz, la penitencia que le proporcionaría la túnica blanca con que iba a entrar en el gozo de su Señor...

En esta movilidad en que me encuentro, por encima del tiempo y del espacio, se dirige mi mirada al Sacramento de la Penitencia que Tú instituíste como Tribunal de la Reconciliación. El buen ladrón -como será conocido en el futuro- consumó la primera confesión sacramental de la historia. Y me pregunto: ¿cómo los cristianos no acudimos con frecuencia al Santo Tribunal de la Confesión para alcanzar la felicidad que divinizó a aquella criatura que el mundo había despreciado, a la que la Justicia de los hombres aplicó tan rigurosa penitencia? Y, en nombre de todos los cofrades de Sevilla, me hago el propósito firmísimo de la confesión frecuente; porque he llegado a descubrir que, al resonar en nuestros oídos, las palabras consoladoras de la absolución sacramental, me estás prometiendo Tú en persona, con la mirada de amor que dirigiste a Dimas, que, cuando mi paso por la vida toque a su fin, estarás esperándome como a él, en las mismas puertas del Paraíso...

Hemos llegado al Sepulcro. Con sobrenatural delicadeza, los Santos Varones han depositado en el regazo de tu Madre, sobre el blanco lienzo extendido, tu Cuerpo muerto, para hacer rodar la piedra que cerrará la cámara mortuoria. Mi atención se centra ahora en esos hombres que han sido transfigurados por los méritos de tu Pasión.

Durante el curso de tu vida pública, Nicodemo te visitó de noche, porque tenía miedo de ser relacionado contigo. José de Arimatea se hizo discípulo tuyo, pero lo mantuvo en secreto por el temor de ser discriminado entre sus compañeros del Sanedrín. Los prejuicios sociales, hacen claudicar, habían condicionado que tantas veces nos también su conducta exterior. Y, sin embargo, cuando los ánimos

están más encrespados, cuando el pueblo que habías elegido para que fuera la luz que se coloca sobre el celemín, se revuelve con rabia contra Ti, esos hombres, transformados ya por los frutos de la Redención, han comparecido valientemente como discípulos tuyos, ante el Gobernador romano, para asombrarle con la más impresionante demanda que la historia humana conocerá jamás: la entrega de tu Cuerpo. ¿Qué importan ya los respetos humanos para quienes han llegado a descifrar la verdadera jerarquía de los valores?

Aquí me sumo también en profundas cavilaciones. Yo quiero pedirte, Señor, que los cofrades de Sevilla, en cuyo nombre he venido a participar en esta dolorosa comitiva, nos revistamos, hoy más que nunca, de la valentía de José de Arimatea y Nicodemo.

Vivimos inmersos en una sociedad que, a fuerza de querer parecer liberal y comprensiva, contempla impasible, con una culpable indiferencia, cómo se ataca al derecho a la vida; cómo se cercena la potestad de los padres a la educación cristiana de sus hijos; cómo, desde los medios de comunicación social, se siembra la duda, al escepticismo, la desorientación en la moral y las costumbres, y se intenta desmoronar el concepto de la familia que Tú nos pusiste como modelo desde tu hogar de Nazaret... Haz que el cofrade de Sevilla se percate de la grave responsabilidad que incumbe al laico en la vida actual de la Iglesia. Que las Hermandades de Sevilla, que son como fuegos que irradian su calor y su luz desde tantos rincones de la Ciudad, tomen conciencia del papel que les corresponde en la ingente tarea de la recristianización de Europa, que Pedro nos ha puesto como meta de nuestro tiempo, para prender nuestras calles, nuestros barrios, el ámbito entero de esta urbe, y saltar después sobre la geografía de nuestra patria, de Europa, del mundo entero...; que valientemente, sin beatería, con un sentido sobrenatural de la vida cristiana, difundamos tu doctrina del Amor con el ejemplo de nuestra palabra y nuestra conducta, de tal manera que nuestro influjo sobre el mundo circundante llegue a ser como la piedra caída en el lago, cuyo impacto se extiende y extiende en círculos concéntricos, hasta perderse en una dilatada lejanía...

Ya vamos a depositar tu Cuerpo sobre la piedra sepulcral y, a la mezcla de mirra y áloe que han traído para embalsamarlo, incorporo yo el delicado perfume de la oración del pueblo cofrade de Sevilla.

Mi mirada está clavada en Ti, sin poder apartarla de tu Rostro sereno, cuando estoy a punto de dejar de verlo. Y me estremece un escalofrío de emoción, en el que se funden la admiración por el perfecto Hombre y la adoración al perfecto Dios. Has muerto, Señor, como un valiente, sin una queja, sin una protesta, con un gesto permanente de perdón.

Y te marchas desnudo; sin nada viniste al mundo y sin nada te has despedido de él. Un pesebre para el ganado acunó tu primer llanto de infante; un sepulcro ajeno va a acoger tu Cuerpo muerto. Desprendimiento total de las cosas terrenas, que trae a mi memoria aquella observación que hiciste a alguien que se ofreció a seguirte cuando tus palabras subyugaban a tantos por los caminos de Palestina:

11 las raposas tienen cuevas y las aves del Cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza".

Nosotros, Señor, que corremos tras las riquezas, tras los honores, tras los placeres... cuán lejos estamos de tu ejemplo de absoluta desnudez. Cómo nos apegamos a las cosas de este mundo a pesar de que continuamente comprobamos que, a poco de alcanzarlas, se desvanece la ilusión que en ellas pusimos, como el humo que el viento dispersa o el agua que se escapa entre los dedos.

¡Qué contraste, Señor! Tú que eres dueño de todo lo creado, has rehuido los bienes y satisfacciones de la tierra, y yo, que nada tengo, que nada soy, que nada me he de llevar, me aferro a ellos con desordenada y ridícula obsesión.

Desde ahora, Señor, voy a estar desprendido de toda afección humana; voy a tratar de imitar tu sublime desnudez, para que un día pueda aplicarme aquellos versos que, con el correr de los siglos, entonará la lira de nuestro poeta Antonio Machado:

“Y cuando llegue el día
del último viaje,
y esté al partir la nave
que nunca ha de tornar,
me encontrareis a bordo
ligero de equipaje,
casi desnudo, como
los hijos de la mar”.

Ha sido corrida la piedra sepulcral; tu imagen amabilísima ha desaparecido de mi vista; y, al evocar mi memoria tus jornadas de trabajo oculto en Nazaret y tu actividad pública por los campos y ciudades de Palestina, me pongo a considerar el misterioso sentido de la vida, como antes caí en profunda reflexión sobre el impresionante problema de la muerte. A la vista de tus agotadoras jornadas de trabajo y de enseñanza, me percaté de que ninguna vida humana es ociosa; que ninguna existencia ha sido dejada por tu Providencia al azar, por muy vulgar e insignificante que pudiera parecerles su destino. Que la Creación entera constituye una gigantesca sinfonía, en la que a todos nos corresponde tocar algún registro, de tal manera que, si eludimos nuestra participación en ese concierto universal, estamos provocando una desafinación que la Humanidad acusará inexorablemente, como viene sucediendo con desgraciada frecuencia; y que si el paso por el mundo de cada uno de nosotros, en el contexto de la historia humana, es como un rayo de luz entre dos eternidades de tinieblas, ese efímero resplandor que despedimos está llamado a componer, a lo largo de los siglos, la sublime luminaria de la Creación.

Vamos a regresar a Jerusalén; la Jerusalén que es nuestro mundo; la sociedad en la que nos ha tocado vivir, que nos circunda, que nos observa, que nos enjuicia... y que acaso duerme indiferente a los acontecimientos que trascienden de su frívolo y perezosos discurrir, o quizás barrunta que ha llegado a los límites de la insensatez

y el desatino; y con el pensamiento puesto en estas cavilaciones, caigo de rodilla ante la cámara sepulcral que vela tu sueño, para dirigirte esta oración en nombre de todos los cofrades de Sevilla:

¡Señor, que sepamos descubrir y realizar la misión para la que nos pusiste en la tierra! ¡Que amemos el mundo apasionadamente, porque salió radiante y bello de tus Divinas Manos, a fin de transformarlo en lo que Tú dispusiste que fuera! ¡Que arranquemos de él, en la medida que nos sea posible, toda la fealdad con que la malicia humana desfiguró su primitiva hermosura! ¡Que seamos capaces de ahogar, en una sinfonía de armonía y de luz, las notas discordantes de ese concierto universal y las sombras que entenebrece la brillante luminaria de la Creación!

Vamos a enterrar contigo nuestras debilidades, nuestros respetos humanos, nuestras claudicaciones, nuestras cobardías... para resucitar contigo a una vida nueva de amor y comprensión y de justa convivencia entre los hombres.

Y, cuando apesadumbrado y dolorido por el Drama que acabo de presenciar, he llegado de regreso a las puertas de nuestra Jerusalén, me he detenido a mirar, con ánimo de proporcionar algún consuelo, el dulcísimo rostro de María, a quien me ha cabido la suerte de acompañar, como hijo amantísimo, por obra de la filiación que me otorgaste en el árbol de la Cruz. Y, al hacerlo, experimento de repente, una alegría sobrenatural, irreprimible; una contagiosa alegría, que es como el amanecer de un día de gloria; y es que he descubierto en el rostro virginal de la Señora, el síntoma consolador de la Esperanza. Transido de contento, apenas consigo balbucear, para dirigirme a Ella, estas palabras que tienen en mí, profundas resonancias de cofrade de Sevilla: "¡Virgen Santísima de la Esperanza... de la Esperanza de la triunfal Resurrección!".

En este estado de ánimo, vuelvo la mirada hacia el Sepulcro que guarda tu Cuerpo, que ha quedado atrás y que empieza a recortar su silueta sobre el tenue rosicler de la alborada, como un trasunto del amanecer que despunta en mi alma, inundándolo todo de color y de luz.

Y, con voz estentórea, que ahogará la de la rebelión de los ángeles caídos, lanzo, en nombre de todos los cofrades de Sevilla, de todos los hombres de buena voluntad de esta bendita tierra, el grito de un compromiso, que resonará en los más remotos confines de la rosa de los vientos: "¡Servían! ¡Te serviré, Señor, ¡te seré fiel!".

La Meditación ante el Santísimo Cristo de la Caridad es un acto de oración que se celebra cada año en la víspera del Besapies de la sagrada imagen el Domingo de Pasión desde 1983. La mayoría de ellas está disponible en la web de la Hermandad. Este es el listado de meditadores:

- 1983** *Manuel Toro Martínez, abogado, pregonero de la Semana Santa 1979.*
- 1984** *Manuel Ferrand Bonilla, escritor y periodista.*
- 1985** *Enrique Osborne Isasi, abogado, pregonero de la Semana Santa 1983.*
- 1986** *José Luis Garrido Bustamante, periodista, pregonero de la Semana Santa 1990.*
- 1987** *José Luis Ortiz de Lanzagorta, escritor y periodista.*
- 1988** *Vicente Rodríguez García (hermano), profesor de Historia*
- 1989** *Enrique de la Vega Viguera, militar y escritor.*
- 1990** *(No se celebró por traslado a San Martín)*
- 1991** *Ángel Pérez Guerra, periodista y escritor.*
- 1992** *José Sánchez Herrero, catedrático de Historia Universidad de Sevilla.*
- 1993** *Miguel Muruve Pérez, abogado, pregonero Semana Santa 1980, Hermano Mayor del Gran Poder.*
- 1994** *José M.^a Rubio Rubio, médico y profesor universitario, pregonero de la Semana Santa de 1991.*
- 1995** *Miguel Cruz Giráldez, escritor y profesor de Filología de la Universidad de Sevilla.*
- 1996** *José Luis Campuzano Zamalloa, abogado, pregonero de la Semana Santa de 1957.*
- 1997** *José M.^a Javierre Ortas, sacerdote, pregonero de la Semana Santa de 1993.*
- 1998** *Francisco J Vázquez Perea (hermano), Pregonero de la Semana Santa de 2003.*
- 1999** *José J Gómez González (hermano), abogado, pregonero de la Semana Santa de 1982.*
- 2000** *Carlos Colón Perales, profesor de CC. de la Comunicación, escritor y periodista, pregonero de la Semana Santa de 1996.*
- 2001** *Iñaki Gabilondo, periodista.*
- 2002** *Mons. Alberto Iniesta, obispo auxiliar emérito de Madrid.*
- 2003** *José M.^a Mardones, sacerdote y sociólogo.*
- 2004** *Aurelio Verde, químico, escritor y poeta.*
- 2005** *Leonardo Castillo, sacerdote.*
- 2006** *Hna. Carmen Cadenas de Llano James, religiosa.*
- 2007** *Fernando Cano-Romero Méndez, abogado. Pregonero de la Semana Santa 2011.*
- 2008** *Enrique Henares Ortega (hermano), abogado. Pregonero de la Semana Santa 2009.*

- 2009** *Lutgardo García Díaz, médico, Pregonero de la Semana Santa del año 2015.*
- 2010** *Joaquín de la Peña Fernández, historiador, Pregonero de las Glorias de 2000.*
- 2011** *Juan Moya Gómez, abogado.*
- 2012** *Juan Carlos Heras Sánchez, profesor de Historia, Pregonero de la Semana Santa del año 1998.*
- 2013** *Francisco Javier Márquez Guil (hermano), periodista.*
- 2014** *Mariano Pérez de Ayala, profesor universitario, director de Cáritas Diocesana de Sevilla.*
- 2015** *Manuel Román Silva, farmacéutico, presidente del Consejo General de HH. y CC. (2000-2008).*
- 2016** *Luis Fernando Álvarez González, SDB. (hermano), sacerdote salesiano, anterior director Espiritual y ex Rector del Centro de Estudios Teológicos.*
- 2017** *Javier Rubio Rodríguez, periodista.*
- 2018** *Madre Belén Soler, directora del Centro de Protección de Menores de San José de la Montaña.*
- 2019** *Enrique Esquivias de la Cruz, abogado. Ex Hermano Mayor de la Hermandad del Gran Poder y pregonero de la Semana Santa en 2007.*
- 2020** *No se celebró debido a la pandemia.*
- 2021** *Manuel Sánchez Sánchez, sacerdote.*
- 2022** *Carlos Raynaud Soto (hermano).*
- 2023** *Alberto García Reyes (periodista). Pregonero de la Semana Santa de 2017.*
- 2024** *Rosa García Perea (escritora).*